

AQUILINO DUQUE

El mono azul



«La electricidad política que enrarecía el verano se resolvió un buen día en un zipizape de tiros, bandos, sirenas, incendios, arengas, altavoces, fugas, nombramientos, destituciones y órdenes y noticias contradictorias. Nadie sabía qué terreno pisaba ni dónde ir, y menos él, que no estaba en el secreto material de los sucesos. Tableteaban las ametralladoras a mediodía y a medianoche ardían calles enteras. Pasaban columnas de hombres con las manos en alto, camiones de tropa erizados de fusiles, jardineras de capota de lona repletas de guardias de Asalto. De vez en cuando se rompía el cielo en un chaparrón de balas y, al escampar, quedaba siempre algún paco, goteando monótono de un canalón o de un alero. La ciudad se llenó de camisas de diversos colores; circular por sus calles era jugar a la ruleta: nunca se sabía el color que privaba en cada barrio. Afortunadamente había una prenda ambigua, genérica, el mono azul, válida para tirios y troyanos».

Libro I

El mono azul

Sevilla

De cada beso que se daban era testigo un Cristo. Los había por toda la casa: en el gabinete, una cabeza del Cristo de la Expiración; en la escalera, una foto del de Pasión; en el patio, una cerámica del Gran Poder con su sobradillo y sus dos farolitos; en el comedor, el de la Cena con todos los apóstoles en bajorrelieve plateado. No sabía dónde besarla con intimidad, y esto, y la inminencia de la partida, le hacían deseársela en todo momento.

—¿Vendrás a verme a Sanlúcar?

—No sé qué voy a hacer sin ti todo el verano.

—¿Vendrás a verme? Contéstame.

—Como no sea por mar... Málaga no está a la vuelta de la esquina.

Sospechaba ella que no iba a ver a su novio en todo el verano, y él sospechaba lo mismo, aunque por razones diversas.

—No vas a venir. Ya verás. Empezarás a tontear con alguna fresca y a mí que me parta un rayo.

Él se defendía alegando dificultades de espacio, por más que barruntaba que las dificultades iban a ser de tiempo. No era cuestión de kilómetros, sino de semanas. Se vivía precariamente. No se sabía lo que iba a pasar. Un peligro se cernía en el aire. Nadie estaba seguro en ninguna

parte. Los barrios bajos hervían de amenazas. En el campo reinaba la ley de la selva.

—¡Araceli! —subió una voz por el hueco de la escalera.

—¡Qué!

—No se te pase la hora.

—Todavía no son las tres y media.

—¡Araceli!

—Qué, tía Pepa...

—¿Estás en el lavadero?

—Estoy en la azotea.

En el lavadero no había Cristos indiscretos. Sobre los dos grandes lebrillos encastrados en el poyo una avispa hacía pasadas de avioneta y, por un ventanillo redondo, casi náutico, salía a la azotea empavesada de ropa blanca.

Era una sucesión de besos finales. Cada beso era último en sí, definitivo; ellos morían en él para renacer en el siguiente; luchaban a brazo partido con el tiempo y cada beso era una tregua que se concedían, un respiro que conquistaban antes de capitular ante él y separarse. Pero el tiempo estrechaba el cerco, y aunque se besaban como si fuera la primera vez —de hecho cada beso inauguraba una nueva época de sus vidas—, hubieron de hacer frente al asalto final que, arrancando del patio, salvó la montera de cristales y llegó al lavadero lanzado por la misma voz que el calor apelmazaba.

—¡Araceli!... No vaya a pasársete la hora.

—Esta ropa seca habrá que recogerla.

—Ya la recogerá Rafaela.

—Rafaela no viene hasta mañana. Ya casi he terminado.

—Bueno, no te entretengas.

—Sí, tía —y fue a añadir por lo bajo «qué pesada», pero su novio estaba muy cerca y susurró sin pensar: Ay, Ignacio de mis carnes...

Aquellas palabras, insólitas en ella, inesperadas, descubrieron un velo ante los ojos de él; le abrieron una puerta; le descubrieron un recinto donde el cuerpo espléndido de

Araceli era el último hito de su vida. Más allá de él, una vasta soledad, una ausencia infinita, quién sabe si la muerte. Los ojos de Araceli, negros, grandes, húmedos de lágrimas inminentes, le iluminaban el pensamiento.

—No, Ignacio. Vámonos abajo —las débiles palabras de ella espoleaban el deseo de él—. Suéltame, que vamos a hacer una locura... —su tono de voz volvía sus palabras del revés.

La voz de él le envolvía el cuello como un golpe de calor:

—Sólo nos quedan unos minutos. Tenemos que vivir en ellos todos los años que tenemos por delante.

Araceli dejaba resbalar las sábanas limpias que acababa de descolgar afuera. Todo le daba vueltas según caía y flotaba en aquella nube de muselina. Estallaba el cielo, de puro azul, en el tragaluz redondo; una racha súbita de aire hizo oler a geranios la ropa que flameaba en los cordeles. De otra azotea llegaba un cuplé roto en tarareos. Lejos, el silbido de un tren; más cerca, el tableteo de una cigüeña.

—No, Ignacio. Los zapatos no.

A Ignacio se le barajaban con toda nitidez los paisajes más gratos de su vida; vivía de golpe el pasado y el porvenir. No sabía dónde estaba. Había perdido la noción del espacio, la noción del tiempo; la noción del amor y de la muerte.

Cuando bajaron al entresuelo, doña Pepa trajinaba en el cuarto de la plancha.

—Hija, cómo habéis tardado. ¿Dónde has puesto las sábanas?

—Las volví a tender. Estaban húmedas todavía.

Málaga

La electricidad política que enrarecía el verano se resolvió un buen día en un zipizape de tiros, bandos, sirenas, incendios, arengas, altavoces, fugas, nombramientos, destituciones y órdenes y noticias contradictorias. Nadie sabía qué terreno pisaba ni dónde ir, y menos él, que no estaba en el secreto material de los sucesos. Tableteaban las ametralladoras a mediodía y a medianoche ardían calles enteras. Pasaban columnas de hombres con las manos en alto, camiones de tropa erizados de fusiles, jardineras de capota de lona repletas de guardias de Asalto. De vez en cuando se rompía el cielo en un chaparrón de balas y, al escampar, quedaba siempre algún paco, goteando monótono de un canalón o de un alero. La ciudad se llenó de camisetas de diversos colores; circular por sus calles era jugar a la ruleta: nunca se sabía el color que privaba en cada barrio. Afortunadamente había una prenda ambigua, genérica, el mono azul, válida para tiros y troyanos. Logró hacerse de un mono azul; hizo protestas de adhesión incondicional y abstracta en barricadas y cuartelillos. Tuvo suerte, y era tal el desconcierto que le dieron un fusil y seis peines de balas y lo mandaron a hacer guardia en la Comandancia de Marina. Ignacio no tenía madera de héroe y las circunstancias le exacerbaban el instinto de conservación. La casa donde pasaba sus breves vacaciones estaba cada día más expuesta. José María Palacios, su compañero de pensión de Sevilla, que era quien lo había invitado, dormía de día y salía de noche. Los padres, que ya tenían sus años, vivían sin vivir, en un sobresalto continuo. Una tarde que volvía, vio la calle acordonada y un revuelo en el portal y oyó decir «un paco»... «en una de esas azoteas»... «lleva tres días por lo menos»... Comprendió que su presencia no era ni prudente ni necesaria y se las compuso para pernoctar siempre en lugares distintos, en la Comandancia de preferencia cuando le tocaba guardia, y cuando no, sustituyendo a alguno que quisiera librar. Por José María no podía hacer nada; en aquel «sálvese quien pueda», cada cual había tirado por un

lado; José María, dispuesto a jugarse el pellejo; Ignacio, a salvarlo. Los padres de José María eran demasiado viejos como para que les pasara nada, pensaba Ignacio. Eran de otra época y lo que ahora pasaba ni lo entendían ni les podía afectar.

El comandante de Marina era un capitán de fragata a quien las circunstancias habían impuesto la adhesión al Gobierno de Madrid, pero quien parecía ejercer, si no el mando efectivo, al menos una influencia considerable sobre la gente de mar y de tierra, era un suboficial de máquinas en quien, por otra parte, el comandante confiaba bastante. Aquel hombre, el brigada Millán, debía de haber hecho bastante activismo en salas de máquinas y sollados de marinería, porque al estallar el Movimiento asumió una autoridad espontánea que sólo podía legitimar un prestigio clandestino. Acaso a su presencia vigilante se debió el que don José Luis Gener, que así se llamaba el comandante, no cometiera una imprudencia.

Un día que despachaban a solas, el brigada Millán le dijo de sopetón a su jefe:

—Mi comandante, usted no está a gusto aquí.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo el otro con alarma y cautela.

—Usted preferiría estar en la otra zona.

—Eso son suposiciones tuyas.

—No son suposiciones y usted lo sabe.

—Mire usted, Millán. No me venga con rodeos. Si tiene órdenes de destituirme y arrestarme, acabemos de una vez.

—Yo no tengo órdenes. Yo lo que tengo es una cuenta pendiente con usted. Y me gustaría liquidarla.

—Yo no tengo que darle a usted ninguna explicación. Ahí tiene mi pistola, por si la suya no sirve.

—Vamos a dejarnos de pistolas. Usted estuvo en el *Lazaga* de oficial de derrota cuando era teniente de navío. ¿Se acuerda, no? Por aquel entonces yo era cabo fogonero.

—Usted lo sabrá mejor que yo.

—Usted en la cámara, de punta en blanco, y yo en la sala de máquinas, tiznado hasta los ojos... ¿Cómo se va a acordar de mí, si ni siquiera me miraba, y si me miraba no me veía?

—Pues usted disimule.

—A lo que vamos. Estaba el barco en El Ferrol, donde yo vivía entonces, y me mandaron razón de que mi mujer estaba para dar a luz. Yo estaba ese día de servicio y usted de oficial de guardia. Me presenté a usted, le expliqué lo que me pasaba. Usted estaba escribiendo un parte y ni siquiera levantó la vista del papel. «Ande, vaya a tierra», fue todo lo que me dijo.

—Yo ni me acuerdo, francamente.

—Pues a mí no se me ha olvidado. Oiga usted, mi comandante; ahí fuera está fondeado un barco de guerra inglés, un destructor me parece. Esta misma noche agarra usted un bote y se embarca con los ingleses. Y no me dé usted las gracias, que estamos en paz.

A eso de las dos de la madrugada el comandante de Marina, vestido de paisano, se deslizaba furtivamente entre unos botes varados en la rampa de un embarcadero. De pronto surgió junto a un noray la silueta de un miliciano.

—¡Alto, quién vive! —y se oyó un cerrojazo de mosquetón.

El comandante quedó paralizado en la luz de una linterna. Lo primero que pensó fue que Millán le había tendido una trampa.

El miliciano bajó el arma:

—¡Mi comandante! ¡A sus órdenes! ¡No lo había conocido!

El comandante recuperó su sangre fría:

—Anda, muchacho. Échame aquí una mano.

El centinela era Ignacio. Dejó el mosquetón apoyado en un rollo de estacha y se puso a empujar la lancha rampa abajo. El marino iba de paisano, pues el uniforme blanco podía llamar demasiado la atención si alguien lo veía. Igna-

cio, al darse cuenta, lo comprendió todo y decidió jugársela.

—¡Mi comandante! ¡Lléveme con usted! —susurró cuando la lancha flotaba ya en el agua.

—¡Venga, embarca!

Bogaban los dos a porfía sin decir una palabra, cuando el muelle, cada vez más reducido, se llenó de luces diminutas y de voces lejanas. Entre el chapaleo de los remos pareció oírse un tiro, seguido de un motor frío que arrancó al cuarto o quinto tirón. Por fin el motor regularizó sus espasmos y un faro como el ojo de un cíclope fue dejando atrás las agitadas lucecitas del muelle. Los fugitivos, pendientes de la caza que les daban y arrastrados por la marea, derivaban algo.

—Cía, vía —ordenó el comandante.

Con una ciaboga rectificaron el rumbo. Por suerte el barco inglés estaba cerca y ya los había avistado.

Antes de abandonar el bote, el comandante zafó el espiche para que se hundiera. Ignacio, poco práctico en maniobras de mar, trepó por la escala de cuerda como pudo, anudándose a sí mismo en unas acrobacias involuntarias.

Cada vez era más grande el faro y más fuerte el ruido del motor. El destructor fondeado registraba el mar con sus reflectores y, a su luz, Ignacio pudo ver con espanto cómo se aproximaba una gasolinera de la Comandancia a bordo de la cual venía una siniestra comparsa: camisas rojas, monos azules, brazaletes, cabezas envueltas en pañuelos de yerbas, cubiertas de sombreros de palma con grandes letras de alquitrán, cananas, cartucheras, escopetas de caza, máuseres, revólveres y, prendido a los cintos, un escalofriante instrumental de cirugía veterinaria.

Al comandante inglés no le faltaban recursos; viendo que la gasolinera se aproximaba al costado de babor, dispuso sin pérdida de tiempo bajar un bote salvavidas por el costado de estribor. En el bote se encontró Ignacio con varios compañeros de fortuna. Mientras el bote se alejaba

mar adentro, pisaban la cubierta del destructor dos responsables.

—Venimos a que nos entregue a los rebeldes... —jadeaba fuera de sí el más caracterizado.

El británico los contempló desde lo alto de su estatura y explicó, flemático e impertinente:

—Inglaterra, potencia humanitaria.

El otro responsable, todo tendones, ojos febriles y palidez subterránea, se exaltó metiéndole al marino las manos por la cara y salpicándosela de saliva:

—¡Lo que hace usted es intervención! ¡Vengan ya mismo esos traidores!

El inglés retiró levemente la cabeza sin inmutarse demasiado:

—A bordo no están los que buscan. Les doy mi palabra de honor.

La palabra de un oficial de la Royal Navy, sobre todo cuando está a bordo de su unidad, desciende como una espada categórica sobre la balanza de las negociaciones. A los dos responsables se les despejó de pronto la embriaguez heroica en que vivían desde hacía una semana y se dieron cuenta de que junto a su gasolinera requisada había un monstruo erizado de cañones y tubos lanzatorpedos, y de que delante de cada escotilla, ojos claros inexpresivos, puños crispados a la espalda, había un marinero rubio, alto, bien nutrido, con polainas blancas y camiseta de mangas cortas.

—Hombre, no... Si da su palabra de honor... No faltaba más, mi comandante... Ea, salud... Usted dispense, pero ya se hace cargo.

—Yo me hago cargo de todo —sonrió el inglés, diplomático, compasivo y con doble intención.

En la costa cada luz era un ojo inyectado en sangre. Acezaba la guerra, agazapada en la sombra. Se presentía en la sierra oscura un anudarse y desanudarse de destinos.

Para muchos hombres, aquella noche sin luciérnagas ni grillos iba a desembocar en las tapias de un cementerio.

Al amanecer, el destructor levaba anclas y zarpaba con veintitrés refugiados a bordo.

Sevilla

Hacia el puente de la Enramadilla sonaban ráfagas de ametralladora. En el prado de San Sebastián, los cines de verano, desmantelados, flotaban a la deriva de la noche. Después de las ráfagas llegaba nítida, seca, precisa, la serie punteada de los tiros de gracia. Un camión frenaba a la salida de la Pasarela; resopló el tubo de escape; carraspeó el acelerador; se abatió un tablero. La noche de verano, húmeda, sudorosa, estaba hecha de respiraciones sofocadas. De pronto se oyeron órdenes brutales, interjecciones violentas, gritos lejanos.

—¡Ea, se acabó el paseo! ¡A correr, cabrones!

Rebotó una culata contra los adoquines del bordillo. Sonó un disparo, y luego una frenética carrera de alpargatas.

—No abras tanto, Araceli, que nos van a ver.

Araceli, su tía Pepa y Rafaela la lavandera escuchaban a oscuras, pegadas a la ventana entrecerrada, con el corazón en un puño.

Por la arena del descampado, iluminada por los faros del camión, se dispersaban a la carrera seis o siete camisas blancas. De lo negro brotó un fogonazo, y otro, y otro. El descampado se llenó de estampidos. Araceli cerró, horrorizada, las contraventanas. Sonaban más disparos. Hacia la fronda del parque se ahogaban gritos de pánico.

A cada tiro parecía que una estrella se hacía añicos.

—¡Sin salirse de la luz, cobardes!

Sonaron tres disparos más. Las voces se alejaban, confundidas con ecos de gemidos.

—¿Conociste a alguno, niña? —preguntaba Rafaela.

—¡Iban con las manos en la cabeza! ¡No les dieron ventaja ninguna!

Se aproximaban pasos, culatas entrechocadas. Una sombra alta habló con voz potente:

—Menos mal que se echó serrín en el camión. El que no ha devuelto se ha hecho sus necesidades.

Una brisa del río reanimaba las palmeras. La Fábrica de Tabacos parecía un cuartel abandonado. Olía a pólvora y a petróleo. Crepitaban incendios hacia la Puerta de Triana.

—Ellos no venían, ¿verdad, niña? —se decidió a preguntar Rafaela.

—Qué cosas tiene, Rafaela. ¿A santo de qué iban a venir?

—Si por lo menos supiera dónde están...

Las tres mujeres iban a tientas por el pasillo.

—Mi sobrina Charo en Madrid; el señorito Ignacio en Málaga... ¡Sabe Dios lo que estará pasando por allá! Todas estamos igual, Rafaela.

—Pero a ellos no los has visto, ¿verdad, Araceli? —insistía Rafaela.

Doña Pepa intervino:

—Verá como en seguida los sueltan. Yo que usted me iba al pueblo.

—Antes quiero saber dónde los tienen.

—Mañana será otro día, Rafaela.

En el dormitorio de doña Pepa ardía una mariposa en aceite frente al camarín portátil de la Milagrosa. Doña Pepa se metió en la cama; Araceli se sentó en un sillón y Rafaela en una sillita baja. Las tres mujeres se pasaron rezando el resto de la noche.

La ciudad estaba llena de cárceles improvisadas: conventos, almacenes, colegios, cuarteles, y Rafaela se pasaba el día recorriéndolas, preguntando en los tornos, en las porterías, en los locutorios, en los cuerpos de guardia, dando dos nombres, añadiendo que eran dos inocentes, que

los habían prendido por equivocación, que ella era muy devota de la Virgen del Valle y que siempre había tenido muy limpias las enaguas bajas. Nunca le contestaban por derecho; le daban largas; le decían que volviera otro día; le salían con alguna chirigota ambigua; le volvían la espalda, y ella entonces se volvía a explicar su problema a otras mujeres en análoga situación, y unas con otras se consolaban sin proponérselo.

Nadie entendía nada. El sol se aplastaba sobre las calles, reblandecía el asfalto, esmerilaba el aire sobre cimborrios de cerámica, caía a plomo sobre toldos de lona y capotas de hule, cegaba los entendimientos. Y en la húmeda corriente que salía de las cárceles improvisadas, al entreabrirse los portones de clavos, suspiraban las mujeres, reconcentradas, dolientes, ahuecándose el negro pañuelo de cabeza:

—Ahí dentro por lo menos no pasan calor.

No había manera de averiguar nada. Tenían todas en la cabeza una confusión de brazaletes, correajes, monos azules, gorrillos cuarteleros y fusiles recién engrasados. Preguntaban y preguntaban en vano y por fin se quedaban en grupo, apoyadas en un quicio, pegadas a una cancela, apelonadas en un banco de azulejos con los oídos tensos, las miradas inquisitivas, al acecho del menor rumor que por fin les llegaba, pero brotado de ellas mismas, de su propia esperanza, al repetir cualquiera de ellas en voz alta algo que todas estaban hartas de repetirse con el pensamiento, y ese rumor, al pasar de boca en boca, iba cobrando realidad hasta volver, incontrovertible, rotundo, confirmado a machamartillo, a la persona que sin darse cuenta lo había puesto en circulación. Y ese rumor valía para todas y para cada una, pues no concretaba nombres, sino que recibía su fuerza de su aplicación a un destino colectivo. «Van a soltar a los padres de familia». «A los de menos de veinte años no los fusilan». «A los que vayan voluntarios al Tercio les perdonan la vida». Tenía el rumor fórmulas de salvación para

todas las esperanzas, y así vivían ellas, luchando contra la zozobra, mendigando vidas durante el día, hilvanando durante la noche unas palabras pilladas al vuelo frente al cuartel de los Terceros, en la plaza del Pelicano, a lo largo del Muro de los Navarros.

La guerra

El destructor inglés hizo escala en Lisboa e Ignacio aprovechó para escabullirse. Las autoridades portuguesas le dieron toda suerte de facilidades para trasladarse a zona nacional. Badajoz ya había caído. Los combates habían sido feroces; el castigo, más feroz todavía. La arena de la plaza de toros había embebido una cuarta de sangre. Elvas hervía de extranjeros ávidos de emociones; era una jauría de periodistas que acudían al olor de la sangre. Mientras pasaban o no, se canjeaban relatos que erizaban el cabello. La mayoría de ellos parecían disfrutar hinchando rumores o inventando pormenores escalofriantes. Ignacio quedó aterrado, y eso que en Málaga había visto cosas peores.

Pero la suerte estaba echada; no era tiempo de llorar, sino de combatir. Cuanto antes acabase la guerra, antes acabaría la carnicería. Por el momento no tuvo más remedio que esperar. No lo dejaron ir al frente ni a su casa. Hacían falta oficiales y tuvo que hacer el cursillo de alférez. Solicitó un permiso para saber de su familia, pero se lo denegaron; tuvo que contentarse con escribirle a su novia. Araceli le contestó loca de alegría a vuelta de correo, contándole lo que habían sufrido al no saber de él; ella estaba bien, la tía Pepa estaba bien; habían tenido, como es natural, que suspender el veraneo en Sanlúcar y ella estaba de enfermera en el palacio de San Telmo, convertido en hospital de guerra. De Charo, que estaba en Madrid, no se sabía nada, y en cuanto a los de Murtales, es decir, la madre de

él, su hermana, su cuñado y el niño, tampoco se sabía gran cosa, pero Araceli estaba segura de que no había que temer nada, pues al parecer los hijos de Rafaela la lavandera, que por fin no habían caído prisioneros en Sevilla, eran allá los cabecillas revolucionarios.

Desde que un rayo la dejara viuda, Rafaela había hecho voto de no probar en su vida el queso ni las aceitunas. No había cosa que al pobre Santos le gustara más en esta vida; el día de tormenta que le dio por repararse debajo de una encina, las aceitunas y el queso estaban como siempre esperándolo. Rafaela no consintió que nadie los tocara. Eso fue lo que más les chocó a los hijos, Vidal, de seis años, y Tóbalo, de cuatro, que veían a la madre llorando porque en aquella casa se habían acabado para siempre el queso y las aceitunas. La niña, Estrella, era demasiado chica para darse cuenta de nada, pero al ver llorar a la madre se echó a llorar ella también.

Los señores se portaron bien con Rafaela, que entró a servir en la casa grande y pudo tener a la niña a su vera, para hacer mandados. Tampoco le hizo falta poner a los chiquillos en seguida a trabajar. A Vidal no lo sacó de la escuela hasta los catorce años; a Tóbalo algo antes. No es que Vidal fuera más aplicado que Tóbalo, sino que la madre era de la opinión que la escuela era un picadero de potros cerriles y, evidentemente, el mayor necesitaba una doma más larga. El chico, como era dócil, podía prescindir antes de la escuela y empezar a ganar; le tiraba además el campo y el amo lo puso de zagal con el pastor. El grande en cambio estaba bien en la escuela porque el maestro, en sus frecuentes y prolongadas ausencias, lo dejaba de celador con autoridad para mandar a sus condiscípulos a la mesa donde, al regreso del pedagogo, recibían los palmetazos de rigor. El maestro, que era representante de una casa de vinos, apenas si aparecía por la escuela, y cuando lo hacía, era para ejecutar a las víctimas que su lugarteniente le tenía preparadas. A esto puede decirse que se limitaba su labor